

CENTRO PARA LA EVALUACIÓN DEL ESTRÉS

CURSOS DE CAPACITACIÓN

LITERATURA Y ESTRÉS POST-TRAUMÁTICO

“EL REVOLVER”



(EMILIA PARDO BAZÁN)

En un acceso de confianza, de esos que provoca la familiaridad y convivencia de los balnearios, la enferma del Corazón me refirió su mal, con todos los detalles de *sofocaciones*, violentas *palpitaciones*, *vértigos*, *sincopes*, *colapsos*, en que se lleva llegar *la última hora...*

CRITERIOS DIAGNOSTICOS

ESTRÉS POST-TRAUMÁTICO

- Recuerdos, pensamientos o imágenes repetidas y molestas de experiencias estresantes.
- Sueños desagradables (pesadillas) de experiencias estresantes.
- Actuando o sintiendo súbitamente, como si la experiencia estresante estuviera ocurriendo nuevamente.
- Sintiendo muy alterado cuando algo le recuerda las experiencias estresantes.
- Teniendo reacciones físicas (palpitaciones, dificultad al respirar, sudando) cuando algo le recuerda experiencias estresantes.
- Evita pensar o hablar acerca de las experiencias estresantes o evita sentimientos relacionados con estas experiencias.
- Evita actividades o situaciones que le recuerdan las situaciones estresantes.
- Dificultad recordando partes importantes de las experiencias estresantes.
- Perdida de interés en actividades que anteriormente disfrutaba.
- Se siente distante y/o aislado de los demás.
- Se siente emocionalmente anestesiado e incapaz de tener sentimientos afectuosos para personas allegadas a usted.
- Se siente como si el futuro fuera disminuido o incierto.
- Dificultades en dormirse o mantenerse dormido (insomnio).
- Sintiendo irritable y con episodios de cólera y rabia.
- Tiene dificultades concentrándose.
- Se encuentra "superalerta", vigilante, en guardia.
- Esta sobresaltado "saltón" con sustos repentinos.

INTRODUCCIÓN

LITERATURA Y ESTRÉS POST-TRAUMÁTICO:

Emilia Pardo Bazán (1851-1921) fue una escritora Española (Galicia) que junto con otros (Alarcón, Valera, Pérez Galdos), representan la prosa-ficción de su época se eligió esta novela corta de Pardo Bazán “**EL REVOLVER**” con el propósito didáctico de que **UD** sea el “evaluador”, después de leer esta novela, de los síntomas mas característicos del Estrés Post-Traumático, según aparecen descritos. Como recomendación, se sugiere repase los 17 criterios diagnósticos del Estrés post-traumático previa a la lectura de la novela y después de su lectura identifique estos criterios diagnósticos, *circulando o subrayando*, la expresión o descripción que en su opinión representa el síntoma o criterio diagnóstico; por otro lado si hay alguno/s criterio/s diagnósticos **que no aparecen** representados en esta novela, hágalo saber en la sección de comentarios como parte de su participación activa, así como otros comentarios o preguntas que tenga a bien hacer.

Esperamos que logremos motivarlo/a a un aprendizaje “autodidacta” y también al desarrollo de una solidaridad y empatía con quienes padecen de este mal que es considerado como el “mal oculto de esta centuria que comienza. En la que se combinan dos circunstancias el clínico que “no lo pregunta” y el que lo padece, que “no lo dice”.

EL REVOLVER

(Por Emilia Pardo Bazán)

En un acceso de confianza, de esos que provoca la familiaridad y convivencia de los balnearios, la enferma del Corazón me refirió su mal, con todos los detalles de *sofocaciones, violentas palpitaciones, vértigos, sincopes, colapsos*, en que se lleve llegar *la última hora...* Mientras hablaba, la miraba atentamente. Era una mujer como de treinta y cinco a treinta y seis años, *estropeada* por el padecimiento; al menos tal creí, aunque prolongado el examen, empecé a suponer que hubiese algo mas allá de lo físico en su ruina. Hablaba y se expresaba, en efecto, como quien *ha sufrido mucho*, y yo se que los males del cuerpo, generalmente, cuando no son de inminente gravedad, no bastan para producir ese *marasmo, ese radical abatimiento*. Y, notando como las anchas hojas de los plátanos, tocadas de carmín por la mano artística del otoño, caían a tierra majestuosamente y quedaban extendidas cual manos cortadas, la hice observar, para arrancar confidencias, lo pasajero de todo, la melancolía del transito de las cosas...

Nada es nada-me contesto, comprendiendo instantemente que, no una curiosidad sino una compasión, llamaba a las puertas de su espíritu. *Nada es nada...* a no ser que *nosotros mismos convirtamos ese nada en algo*.

Ojala lo viésemos todo, siempre, con el sentimiento ligero, aunque triste, que nos produce la caída de ese follaje sobre la arena.

El *encendimiento enfermo de sus mejillas* se avivo, y entonces me di cuenta de que habría sido muy hermosa aunque estuviese su *hermosura borrada y barrida*, lo mismo que las

tintas de un cuadro fino, al cual se le pasa el algodón impregnado de alcohol. Su pelo rubio y sedoso mostraba rastros de ceniza, *canas precoces*... Sus facciones habianse marchitado, la tez, sobre todo, revelaba esas alteraciones de la sangre que son *envenenamientos lentos*, descomposiciones del organismo. Los ojos, de un azul amante, con vetas negras, debieron de atraer en otro tiempo, pero ahora los afeaba algo peor que los años; una especie de *extravío*, que por momentos les prestaba relucir de locura. Callábamos: pero mi modo de contemplarla decía tan expresivamente mi piedad, que ella, suspirando por ensanchar un poco el siempre *oprimido pecho*, se decidió, y no sin detenerse de vez en cuando a respirar y rehacerse, me contó la extraña historia.

Me case muy enamorada... Mi marido era entrado en edad respecto a mí; frisaba en los cuarenta, y yo solo contaba diez y nueve. Mi genio era alegre, animadísimo; conservaba carácter de chiquilla y los momentos en que el no estaba en casa, los dedicaba a cantar, a tocar el piano, a charlar y reír con las amigas que venían a verme y que me envidiaban la felicidad, la boda lucida, el esposo apasionado y la brillante situación social.

Duro esto un año-el año delicioso de la luna de miel. Al volver la primavera, el aniversario de nuestro casamiento, empecé a notar que el carácter de Reinaldo cambiaba. Su humor era sombrío muchas veces, y sin que yo adivinase el por que, me hablaba duramente, tenía accesos de enojo. No tarde, sin embargo, en comprender el origen de su transformación: en Reinaldo se había desarrollado los celos, unos celos violentos, irrazonados, sin objeto ni causa, y por lo mismo, doblemente crueles y difíciles de curar.

Si salíamos juntos, se celaba de que la gente me mirase o me dijese, al paso, cualquier tontería de estas que se les dicen a las mujeres jóvenes: si salía el solo, se celaba de lo que yo quedase haciendo en casa, de las personas que venían a verme; si salía sola yo, los recelos, las suposiciones eran todavía mas infamantes...

Si le proponía, suplicando, que nos quedásemos en casa juntos, se celaba de mi semblante entristecido, de mi supuesto aburrimiento, de mi labor, de un instante en que pasando frente a la ventana, me ocurría esparcir la vista hacia fuera... Se celaba, sobre todo, al percibir que mi genio de pájaro, *mi buen humor de chiquilla habían desaparecido*, y que muchas tardes, al encender luz, se veía brillar sobre mi tez el rastro húmedo y ardiente del llanto. Privada de mis inocentes distracciones; separada ya de mis amigas, de mi parentela, de mi propia familia, porque Reinaldo interpretaba como ardides de traición el deseo de comunicarme y mirar otras caras que la suya, yo lloraba a menudo, y *no correspondía* a los transportes de pasión de Reinaldo con el dulce abandono de los primeros tiempos.

Cierto día, después de una de las amargas escenas de costumbre, mi marido me advirtió: Flora yo podré ser un loco, pero no soy un necio, Me ha enajenado tu cariño, y aunque tal vez tu no hubieses pensado en engañarme, en lo sucesivo, sin poderlo remediar, pensarías. Ya nunca más seré para ti el amor. Las golondrinas que se fueron no vuelven. Pero como yo te quiero por desgracia, más cada día, y te quiero sin tranquilidad, con ansia y fiebre, te advierto que he pensado el modo de que no haya entre nosotros ni

cuestiones, ni quimeras, ni lágrimas, y una vez por todas sepas cual va a ser nuestro porvenir.

Hablando así me cogio del brazo y me llevo hacia la alcoba.

Yo iba *temblando*; presentimientos crueles me helaban. Reinaldo abrió el cajón del mueblecito incrustado donde guardaba el tabaco, el reloj, pañuelos, y *me enseñó un revolver grande, un arma siniestra.*

Aquí tienes me dijo la garantía de que tu vida va a ser en lo sucesivo tranquila y dulce. No volveré a exigirte cuentas ni de como empleas tu tiempo, ni de tus amistades, ni de tus distracciones. Libre eres, como el aire libre. Pero el día que yo note algo que me hiera en el alma... ese día, ¡por mi madre te lo juro! sin quejas, sin escenas, sin la menor señal de que estoy disgustado ¡ah, eso no! me levanto de noche calladamente, cojo el arma, te la aplico a la sien y te despiertas en la eternidad. Ya estas avisada...

Lo que yo estaba era *desmayada, sin conocimiento*. Fue preciso llamar el medico, por lo que duraba el síncope. *Cuando recobre el sentido y recordé, sobrevino la convulsión.* Hay que advertir que es tengo un miedo cerval a las armas de fuego; de un casual disparo murió un hermanito mío. *Mis ojos con fijeza alocada*, no se separaban del cajón del mueble que encerraba el revolver.

No podía yo dudar pero el tono y el gesto de Reinaldo, que estaba dispuesto a ejecutar su amenaza, y como además sabía la facilidad con que se ofuscaba su imaginación, *empecé a darme por muerta*, En efecto, Reinaldo, cumpliendo su promesa, me dejaba completamente dueña de mi, sin dirigirme la menor censura, sin mostrar ni en el gesto que se opusiese a ninguno de mis deseos o desaprobase mis actos; pero esto mismo *me espantaba*, porque indicaba la fuerza y la tirantez de una voluntad que descansa en una resolución... y *victima de un terror* cada día mas hondo, *permanecía inmóvil*, no atreviéndome a dar un paso. *Siempre veía el reflejo de acero del cañón del revolver.*

De noche, *el insomnio* me tenia con *lo ojos abiertos*, creyendo percibir sobre la sien el metálico frió de un circulo de hierro; o, si conciliaba el sueño, *despertaba sobresaltada*, con *palpitaciones* en que parecía que el Corazón iba a salirse del pecho, porque *soñaba que un estampido atroz me deshacía los huesos del cráneo y que me volaba el cerebro estrellándolo contra la pared...* Y esto duro cuatro años, cuatro años en que no tuve minuto tranquilo, en que no di un paso sin recelar que ese paso provocase la tragedia.

- ¿Y como termino esa situación tan horrible? – pregunte para abreviar, porque veía *asfixiarse.*
- Termino.... Con Reinaldo, que fue despedido por un caballo y se rompió algo dentro, quedando allí mismo difunto.
- Entonces solo *entonces, comprendí que le quería aun*, y le llore muy de veras, ¡aunque fue mi Verdugo, y verdugo sistemático!
- Y ¿recogió usted el revolver para tirarlo por la ventana?

- Vera usted murmuro ella. Sucedió una cosa... bastante singular. Mande al criado de Reinaldo que quitase de mi habitación el revolver, porque *yo continuaba viendo en sueños el disparo y sintiendo el frío sobre la sien...* Y después de cumplir la orden, el criado vino a decirme... "Señora, no había porque tener miedo... Este revolver no estaba cargado..."
- ¿Que no estaba cargado?
- No, señora, ni me parece que lo ha estado nunca...
- Como que el pobre señorío ni llevo a comprar las capsulas. Si hasta le pregunte, a veces, si quería que me pasase por casa del armero y las trajese, y no me respondió, y luego no se volvió a hablar más del asunto...
- De modo – añadió la cardaca que *un revolver sin carga me pego el tiro, no en la cabeza, pero en mitad del Corazón*, y crea usted que, a pasar de digital y baños y todos los remedios, la bala no perdona...